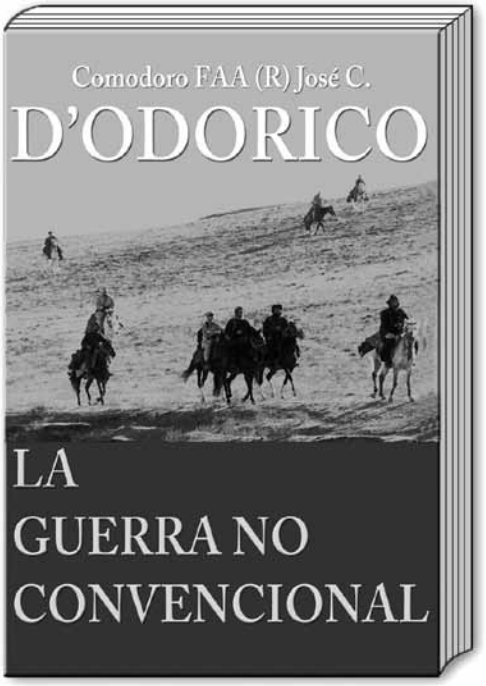
La Guerra No Convencional

Comodoro (FAA-Ret) José C. D'Odorico

CAPITULO IV: El Terrorismo en la Guerra Irregular



Nota del Editor. El Capítulo IV, titulado "El Terrorismo en la Guerra Irregular", hace parte de un estudio en serie sobre la Guerra No Convencional, escrito por el Comodoro (FAA-Ret) José D'Odorico, cuya publicación iniciamos en la edición del Tercer Trimestre 2010 y que publicaremos en su totalidad en ediciones futuras.

El Entorno

Los atentados del 11 Setiembre 2001 en USA (9/11), que redujeron a polvo el World Trade Center (NYC) y un sector del Pentágono (Virginia), dieron lugar a una multitud de especulaciones en los centros de defensa y de Inteligencia locales. En mi humilde opinión de observador independiente, creo que ese tiempo debiera haberse dedicado a ponderar con mayor persistencia y amplitud el significado que tenía ese plan diabólico, paciente y fatalista, llevado a cabo con algunas fallas inevitablemente imprevistas. No fue un suceso aislado, ocurrió en el marco de la guerra subversiva prolongada, planteada secularmente y rejuvenecida por el fundamentalismo islámico.

Eso no quiere decir que debemos desentendernos de ese acontecimiento o que debe ser olvidado. Simplemente, lo hecho, hecho está y no lo podemos modificar. En cambio, el *atentado* devolvió sin contemplaciones a la mesa del debate un problema preexistente que en el ínterin, mientras los países se entretenían con sus diálogos interminables, solamente le acreditaban un interés soslayado, una atención minimizada. Claro, hasta que todo reventó con fuerza cósmica y los lamentos por los errores cometidos, rebosaron el ambiente. A pesar de esa circunstancia, el terror y el acto formal de infundirlo, el *terrorismo*, no mostraban nada nuevo bajo el sol.

Hay estados poderosos que están satisfechos con sus supuestamente impecables aptitudes defensivas, tecnología de vanguardia y las sumas que invierten para prevenir tales eventos. Aprecian que son razonables para contener las amenazas. Sin embargo, me arriesgaré a pronosticar que son pocos los que evalúan la posibilidad de quedar envueltos en una guerra no convencional, de la que poco se dice y no mucho se conoce.

Donde hay una guerra, hay hechos de guerra, y si la guerra no es la clásica, tanto la estrategia como las tácticas tampoco lo serán. Si esta circunstancia es aceptada y estudiada, se reafirmará la suposición que la seguridad interior de las potencias puede ser burlada como en el más indefenso de los países. Con esta perspectiva a la vista, los habitantes de USA se anoticiaron que el histórico aislamiento nacional perdía consistencia.

En ese escenario que contiene decorados conocidos y actores modernos, ¿está rondando otra vez la sugerencia de emprender

nuevas cruzadas? La respuesta debe ser cautelosa, puesto que nadie ignora los estresantes intercambios que hubo en torno de la represalia que tenía que adoptar la víctima para sancionar al victimario, oficialmente identificado como el *terrorismo*. En medio de la conmoción nacional, la propuesta presidencial fue aprobada y USA marchó a la guerra contra el *terrorismo*.

Detrás de esa decisión se encolumnaron líderes políticos y militares, la sociedad internacional la acompañó de manera abrumadora y todos se arrojaron contra el hipotético promotor del crimen. Curiosamente, pocos investigadores estuvieron hurgando el intríngulis con serenidad. La opinión pública se paralizó con el *atentado* y los medios se encargaron que nadie alejara la mirada del Punto Cero. Transcurrida una década, se sigue hablando de la guerra contra el *terrorismo* como si ese fuera el motivo vertebral del conflicto que tiene en vilo a una parte de la humanidad.

Entonces no podía asombrar que el presidente George W. Bush llamara a una cruzada contra el "eje del mal", conformado por estados autocráticos, agresivos, que usan el *terrorismo* como una táctica maligna. Sin embargo, la campaña apuntaba a un rival abstracto, puesto que el *terrorismo* no es otra cosa que la imposición del miedo por el terror.

Ese modo de ataque es empleado asiduamente por el islamismo fundamentalista en su ancestral guerra subversiva prolongada. Para clarificar la situación, digamos que técnicamente USA y sus aliados iniciaron un LIC (Low Intensity Conflict) contra un enemigo concreto, real, caracterizado por su fugacidad (Al Qaeda), que es un usuario frecuente del terror considerado como medio ofensivo. A pesar de estas precisiones, las ambigüedades se continúan notando en la relación causa-medios-efectos.

Hay países que prefieren arrebujarse con sus propios intereses antes que acompañar a quienes han emprendido la cruzada del siglo XXI contra los nidos del *terrorismo*, con un costoso sacrificio nacional. Los ocasionales neutrales de hoy, ¿llegarán a darse cuenta que los cultores del *terrorismo* los seleccionarán como blancos en algún momento? Como vimos en la teoría de la subversión, los títulos del *terrorismo* no pertenecen a ningún sector y cualquiera que tenga el impudor de usarlo, lo aprovechará.

Cito unos pocos ejemplos conocidos: gases tóxicos en el subterráneo de Tokio; bombas de la ETA en España; el IRA en el Ulster (Irlanda del Norte) en su tiempo; las FARC-ELN en Colombia; el Frente de Liberación Moro en Filipinas; los *atentados* en ciudades israelíes; el Grupo Islámico Armado en Argelia. La característica común de esas pandillas es que no tienen conexiones directas entre sí y todos recurren o recurrieron al *terrorismo* por fines análogos.

Actualmente, el planteo del conflicto en Asia está cambiando después que "los cruzados" del siglo XXI (USA-OTAN) se dieron cuenta que habían iniciado una guerra convencional para doblegar a un enemigo empeñado en una contienda irregular prolongada, conducida según los criterios de una estrategia sin tiempo[1].

De mantenerse el desfase estratégico, temprano o tarde hubiéramos asistido a la reedición de Viet Nam. Ahora las dudas transitan por saber si las operaciones Iraqi Freedom y Enduring Freedom-Anaconda conseguirán recomponer la situación en una ambientación estratégica de largo plazo. A medida que los acontecimientos avancen, es deseable que políticos y planificadores no olviden el pensamiento de Mao Zedong, para no recaer en los errores anteriores.

También queda por saber si la campaña político-militar aliada sigue teniendo como propósito acabar "con el *terrorismo*" o ahora apunta contra el verdadero objetivo de la guerra subversiva, que consiste en evitar la imposición de la cosmovisión extremista a los pueblos de la región. La respuesta al dilema dirá si cabe esperar el éxito o hay que preparase para el fracaso.

Toda campaña debe tener por destino eliminar la causa que apela al *terrorismo*. Esta aclaración es vital, pues representa el acierto sobre la elección del objetivo principal. Hagamos un razonamiento sencillo. Una pistola (instrumento o medio) no mata por si sola. El disparo sobre un blanco es el fruto de la volición del tirador (causa). Si deseamos que la

causa (tirador) no produzca un efecto negativo, hay que impedir que dispare el arma. La graficación dibuja la lógica del juicio.

tirador (causa) ⟶ pistola (medio) ⟶ daño (efecto)

Si el pistolero es detenido antes de disparar, no habrá efecto. Cuando no hay un incentivo ideo-político que impulse el acto terrorista, no hay causa que auspicie el daño. Naturalmente, siempre hay grupos que siguen usando ese medio inicuo. Esquemáticamente, problema y solución son relativamente simples a pesar de ser delicados. La interacción de ambos permite ser optimistas, porque la solución no demanda recursos extraordinarios y costosos que dificultarían la defensa en los estados modestos.

Antes que adquirir medios sofisticados, conviene aprovechar el ingenio de los planificadores y el conocimiento de la dificultad. La utilización de sistemas de armas convencionales caros para perseguir a bandas terroristas dispersas es un gasto exagerado que encanta a los industriales, pero no beneficia a la defensa.

En este momento podemos inferir que el instrumento considerado un medio (terror o *terrorismo*), está al alcance del militante de cualquier sector. En sí mismo, es materia o intención inerte hasta que se activa con la intervención de un agente que está dispuesto a usarlo para buscar un efecto determinado. El daño que produce el instrumento (*terrorismo*), es independiente de la naturaleza de la causa, su legitimidad y su legalidad.

En la represión del *terrorismo*, los gobiernos tienen que obrar con rigor y al amparo de la legalidad para que las soluciones de la defensa no sean objeto de la crítica malévola. Con ese fin hay que neutralizar la ofensiva mediática que fogonean los componentes de la *fachada*, *compañeros de ruta* e *idiotas útiles* junto con la prensa inmoral. El daño que hacen los cooperantes de los insurgentes es más pernicioso que lo imaginado. La reciente divulgación de millares de documentos referidos a la guerra en Afganistán (WikiLeaks, Jul.2010) y la participación de Pakistán, es una temible demostración de lo que puede suceder.

La defensa tiene que concentrar su esfuerzo sobre la causa del *terrorismo*. En tanto no haya un motivo que justifique el terror, la amenaza no pasará de esa etapa. Por su parte, la defensa será exitosa sólo si se anticipa al *atentado* terrorista. Si el daño (efecto) se concreta, los activistas logran su objetivo primario y la defensa es derrotada. Consecuentemente, hay que corregir la idea de ponerla en acción después de los probables efectos.

La lucha contra el *terrorismo* exige la inhibición acelerada de las causas, ya que de no ser anuladas a tiempo, habrá una posibilidad cierta que se produzcan *atentados* sorpresivos. Como en la guerrilla, el terrorista necesita la iniciativa. El motivo del *terrorismo* crónico en el Medio Oriente, ha sido expuesto por Ayman al-Zawahiri (Nº 2 de Al Qaeda) en Feb.06, "es nuestro deber formar parte de un complot económico contra Dinamarca, Noruega, Francia, Alemania y todos los países que integraron *el ataque de los cruzados contra el Islam*". Me pregunto con inquietud si ese anuncio que no fue casual, ¿habrá merecido una cuidadosa meditación? Los actuales islámicos extremistas, ¿están viendo en sus adversarios a los antiguos cruzados (1095-1270)?

Por ahora, los actos terroristas no concluirán a pesar de la enérgica represalia de cualquier Estado. Todavía no sabemos si los bandos enfrentados rechazan a sabiendas el sabio pensamiento aristotélico, "la realidad es la única verdad". Si es así, la saga del extremismo continuará una historia salpicada con episodios similares, sin que el *terrorismo* aporte la solución.

Ese medio ofensivo funesto no tiene un propietario exclusivo, pero manipulado por facciones osadas puede producir daños obscenos, como presenciamos en New York, Moscú, Líbano, Indonesia y Argentina entre otros lugares. Las campañas antiterroristas suelen ser efímeras e improductivas, salvo cuando apuntan a las causas y se prolongan en el tiempo. El *terrorismo* desaparece cuando un gobierno hace lo necesario para que las verdaderas causas dejen de existir. Si la defensa detiene a un activista distraído o desarma alguna bomba, el hecho no tiene otra trascendencia que la dada por los medios de comunicación.

Algo más sobre el terrorismo

El origen del *terrorismo* se remonta al fondo de los tiempos, pero su utilización seudo científica diría que solamente se aprecia en los dos últimos siglos, pues no se encuentran antecedentes destacados orgánicos más lejanos. Las teorías subversivas habidas en estas dos centurias, han concedido al *terrorismo* la categoría de instrumento idóneo, puesto que hay un vínculo simbiótico entre la revolución y la violencia. Por eso los activistas recurren a este modo de acción para lograr objetivos refinados.

El siglo XIX dejó entrever que en manos de los anti zaristas rusos, el *terrorismo* podía ser un mecanismo de interés político. En aquellos años, un hermano de Lenin fue ajusticiado por su apego a las bombas. Hoy, sociólogos sofisticados afirman que ese fanatismo es una erupción de la insatisfacción social, del hartazgo intelectual, de las ideologías que impulsan temerarias revueltas políticas, del anarquismo obsesionado que se niega a desaparecer y de devotos solitarios de los explosivos.

En cambio, el marxismo-leninismo del siglo XX se adueñó del *terrorismo* y lo convirtió en un procedimiento adaptado a sus planes subversivos. El objetivo insurgente, concreto y preciso, disciplinó a la violencia atolondrada. Con la reaparición del fundamentalismo islámico, retornó el *terrorismo* desordenado de antaño y reaparecieron los efectos de despreciable calidad revolucionaria aunque no menos atroces.

Los marxistas usaron la violencia con arte y profesionalismo, graduándola y manteniendo un férreo control sobre el plan. Marx no dudó en cargar la culpa de los desatinos a otros ("el grado de aplicación de la violencia sólo depende de la conducta del enemigo de clase") y Lenin excusó a los ejecutantes con la cínica frase, "el fin justifica los medios". También Boris Ponomariov, consagrado ideólogo soviético, defendió curiosamente la moralidad del terror diciendo, "la responsabilidad de las víctimas no recae sobre la clase revolucionaria".

Los terroristas procuran disfrazar la crueldad implícita en esta práctica que es repudiada por la sociedad y se afanan buscando testimonios que persuadan a los ciudadanos sobre la necesidad de tolerar los efectos. A pesar de la condena cuasi universal al *terrorismo*, no hay uniformidad en los foros jurídicos sobre la categorización y tratamiento del fenómeno. Naturalmente, es difícil consensuar opiniones con quienes sostienen que, "la violencia de arriba, origina la violencia de abajo", "combatiremos con todas las armas a nuestra disposición" y "una revolución sin armas, no es una revolución". Por eso, en la mayor parte del mundo a los terroristas se los persigue, juzga y condena.

El *terrorismo*, empleado regularmente como un medio operativo, integra el puñado de los que acostumbran a ponerse en juego en la impropiamente denominada "guerra sicológica" y que técnicamente corresponde designarlas "operaciones sicológicas" o PSYOPS. Cuando este modo de acción criminal es timoneado por militantes de tiempo completo, engendra situaciones muy dolorosas para la defensa.

La producción del miedo en un individuo o grupo carece de sentido si no hay un fin ulterior que justifique la violencia usada. El objetivo final del *terrorismo* es facilitar el pleno dominio de un pueblo maniobrado sicológicamente, mientras se lo prepara para recibir una nueva cosmovisión cultural inyectada mediante el tradicional proceso subversivo de *destrucción-construcción* simultánea.

El uso de este execrable medio revolucionario aumenta durante la síntesis de ese proceso. La meta aparente del *terrorismo* es instilar el miedo, pero en realidad intenta producir la parálisis comunitaria para agilizar el dominio posterior. El control de la conciencia individual y grupal por el terror, prevé el ejercicio de la dictadura sobre la voluntad y decisiones de los sometidos.

Hay quienes afirman que el *terrorismo* debe ser indefectiblemente combatido por las FF.AA., ya que lo catalogan como táctica militarizada de uso corriente en el LIC interno. Esa visión tendenciosa, objetando sesgadamente que el *terrorismo* sea considerado un delito de lesa humanidad, califica a los autores, decididamente criminales, de "soldados" que desarrollan una campaña político-militar.

Si el Estado consintiera tales argumentos, inmediatamente terminaría enredándose en inacabables disputas con organizaciones de

fachada y otras entidades afines que pretenderían asignarle a los capturados el carácter de "prisioneros de guerra". Si los insurgentes impusieran su punto de vista, reclamarían la aplicación de los Protocolos Adicionales a los Convenios de Ginebra. En las reglas de empeñamiento comunes, el terror es inaceptable y su clasificación internacional expone a los autores a ser juzgados por tribunales civiles o militares, según la jurisprudencia nacional e internacional.

Para paliar el repudio al *terrorismo*, algunas organizaciones de *fachada* también lo presentan como un hecho con raíces políticas y por lo tanto demanda un tratamiento de igual índole. Es evidente que sólo premisas falaces pueden darle sustentación a esa pretensión. La sumisión por el factor miedo no es una novedad, pero las formas de lograr ese estado han sido perfeccionadas a través del tiempo por generaciones de terroristas investigadores de la siquis humana.

El exceso (duración, intensidad o ambas a la vez) en una campaña terrorista puede dar lugar a una inesperada reacción colectiva de la sociedad. La repetición insistente de actos de extrema violencia, inspira respuestas de tono contrario a las esperadas por los activistas. La mansedumbre de las víctimas se revierte y el entorno social se rebela con cólera ante el dolor. Concurrentemente, la réplica de los sufrientes aflora con inusitada pasión y la resistencia se endurece hasta límites impensados. Por otro lado, el empleo del *terrorismo* no garantiza la adhesión de los sectores populares al bando agresor.

En el Medio Oriente, el *terrorismo* islámico no parece responder a un plan comprensible, por lo que su éxito ha sido escuálido al no originar daños de envergadura en la estructura de defensa y anímica de Israel. En cambio, desata el severo enojo de la población civil que abrumadoramente aprueba la política de sus gobernantes. El efecto, hasta donde se sabe, es claramente contrario al deseado por las organizaciones extremistas.

Wladimir Lenin aconsejaba a sus secuaces usar el terror con prudencia pero energía y durante lapsos breves. En 1927, Mao dictaba cátedra sobre el mismo asunto y expresaba, "es necesario lograr un fugaz reinado del terror en cada zona rural; de otro modo no se puede suprimir las actividades contrarrevolucionarias en el campo o derribar el poder de la clase media". El jefe militar del Viet Minh, Vo Nguyen Giap, convalidaba el *terrorismo* del Viet Cong diciendo, "a la violencia contrarrevolucionaria del enemigo, los marxistas tienen el deber de oponer la violencia revolucionaria".

El Lt.Col.USA John McCuen remarcó algunas importantes limitaciones del *terrorismo*, que explican porqué los revolucionarios expertos quieren concluir las campañas lo antes posible para no acrecentar la animadversión de la sociedad hacia los operadores. En Malasia, el uso prolongado del terror terminó por acercar el pueblo a las autoridades tan pronto como éstas tuvieron aptitud para defenderlo. Los insurgentes presienten su propio éxito cuando detectan el paulatino divorcio entre la administración y el pueblo.

El 9/11 fue un episodio paradigmático. Los norteamericanos, aunque estaban emocionalmente vapuleados, se encolumnaron masivamente detrás de sus líderes y acompañaron el "ataque general contra el *terrorismo*". La tragedia fue un espécimen nítido de efecto opuesto al intentado. El *atentado*, que demandó una preparación larga y complicada, dejó a Al Qaeda el amargo sabor de un sorpresivo fracaso disfrazado de victoria.

En el plano material, las "armas aéreas" elegidas no dañaron ninguna estructura defensiva local. En el plano sicológico, unieron en un solo bloque al pueblo de USA, que además sumó la comprensión y simpatía de casi todo el planeta. Ergo, las 3.017 víctimas civiles producidas por 19 terroristas juramentados, no cambiaron un ápice el balance de fuerzas y en cambio pusieron en pie de guerra a USA y sus aliados. ¿De qué éxito se pudo vanagloriar el directorio extremista? ¿De las víctimas, los edificios destruidos, la furia popular? Un balance magro para tanto despliegue mediático.

La respuesta apuntó también a otro flanco de la subversión: la red financiera fue rastrillada globalmente para inmovilizar los centros dinerarios insurgentes. Aunque el deterioro del sistema operativo terrorista es transitorio,

no deja de ser grave y extenso. Hoy Osama Bin Laden no duerme en paz; sabe que hay innúmeros cazadores que van detrás de una suculenta recompensa por su captura o eliminación probada.

Sin embargo, cuando la campaña terrorista está bien compaginada y es ejecutada con rigurosidad, trastorna la subconciencia del sector-blanco. Los emisarios políticos que prometen la recuperación de la paz empiezan a ser escuchados y hasta recibidos con cierto alivio. Desde ese momento, los militantes encuadran a los sectores populares menos reactivos y el Comité Central despliega una red administrativa, recolecta "impuestos revolucionarios" y organiza la vida comunitaria.

El *terrorismo*, en tanto que técnica destructiva, se ejecuta en cualquiera de las fases de la guerra no convencional, pero es probable que comience a utilizarse desde la segunda ("consolidación y desarrollo"), cuando el movimiento ya tiene un asentamiento más firme en el TO. Mao consideraba imprescindible el dominio popular absoluto porque "la población es para el revolucionario lo que el agua es para el pez".

Así como el proceso subversivo únicamente es viable donde hay seres humanos, también el *terrorismo* necesita personas y objetos materiales representativos sobre las cuales ejercer la violencia. Esta aseveración prueba la relación directa que la actividad tiene con la densidad de la población y la infraestructura. Además, podemos agregar otros colofones.

Para los rebeldes, las campañas terroristas rurales son moderadamente retributivas, en tanto que las urbanas son preferidas por el rendimiento relativo respecto al esfuerzo desarrollado. En la ciudad están instalados los gobiernos, la mayor parte de la población, las instituciones oficiales, culturales y educativas, y hay una multitud de objetivos materiales (OMs) de difícil protección.

En las urbanizaciones, los hechos terroristas son conocidos de inmediato a través de la difusión oral y los medios de comunicación, aunque no siempre la información se ajusta a la realidad, deformada por los sucesivos trasmisores. Aunque el terror no llegue a separar totalmente la ciudadanía de las autoridades legales, el efecto del miedo y la pérdida de confianza en la administración se detectan en el comportamiento social. El terror intenso y brusco permite una manipulación menos trabada del pueblo.

Variantes del terrorismo

Por los objetivos y modos de hacer *terrorismo*, identificamos dos tipos. El *selectivo* tiene como destinatarios a blancos preelegidos para obtener resultados preconcebidos. Los objetivos humanos seleccionados son personajes destacados de la sociedad, opuestos a los sediciosos. Entre los posibles blancos materiales, se encuentran las instalaciones y equipos fijos y móviles, públicos o privados, que tienen un valor socio-político para el Estado y la población por su simbolismo y prestaciones.

La finalidad directa del acto terrorista es atemorizar a las víctimas e indirectamente al entorno. Los terroristas desean que funcionarios, ejecutivos, empresarios y representantes de entidades sociales opuestos a los sediciosos declinen las actitudes que contrarían sus planes. Generalmente esos notables dirigen o controlan a grupos de opinión y de presión, y son líderes prestigiosos.

Los miembros de esas instituciones no siempre se dejan avasallar por el miedo y no son dóciles a las coacciones terroristas. Muchas veces revelan una ejemplar renuencia a las amenazas criminales y hasta encabezan entidades y grupos que operan política y socialmente contra la subversión. La intencionalidad terrorista sugiere el patrón del procedimiento a utilizar e inclusive el número de militantes necesarios para el ataque. En el caso que el OM consista en una o más personas, con el *atentado* procurarán hacerlos desaparecer temporalmente (secuestro), neutralizarlos (emitiendo amenazas creíbles) y hasta eliminarlos físicamente (asesinato).

El otro tipo de *terrorismo* es el *sistemático*, cuya preparación y ejecución dan la impresión de estar impulsadas por activistas signados por la irracionalidad. En este modo, la elección del OM es errática por cuanto es difícil acertar sobre quiénes, cuántas y cuáles se-

rán las víctimas. El *atentado* conlleva una respetable dosis de azar, pues se involucra una cantidad de inocentes que no tiene la menor idea del peligro que corre, ni porqué.

Esta clase de actos considera a los seres humanos sólo objetos que pueden ser expuestos a una ignominiosa destrucción. Los efectos son más extendidos que en el *terrorismo selectivo* y normalmente los *atentados* son reiterados en distintas oportunidades y puntos geográficos. Con el modo *sistemático*, los insurgentes buscan conseguir una cantidad elevada de víctimas para privilegiar la explotación mediática. El *atentado* del 9/11 tuvo esa triste finalidad.

En Medio Oriente, Iraq y Afganistán se suceden incansablemente los *atentados* de ambas clases. Los terroristas no abandonan la peregrina idea de infundir miedo como sea y en ese trámite se inmolan para apresurar su partida hacia el soñado paraíso. Paralelamente, desean que la población piense que es crónicamente vulnerable y el control está en manos rebeldes.

Según la hipótesis tradicional, la irritación y decepción popular debieran crecer porque el Estado no defiende debidamente a los ciudadanos y averiguar ese dato es una tarea HUMINT. La aparición del *terrorismo sistemático* entraña un desafío al gobierno, al que se le quiere demostrar que es incapaz de cuidar vidas y bienes del pueblo. Este podría ser un objetivo actual de Al Qaeda en Pakistán.

En ese país hay una enorme inquietud adicional por el arsenal WMD (Weapons of Mass Destruction) que posee. Tales armas generan una grave preocupación en la dirigencia mundial, puesto que de caer un solo ejemplar en poder de los terroristas, adquirirían un poder de presión de consecuencias impredecibles. Una razón más para que preocupe la fuerte inserción de Al Qaeda en el NW de Pakistán, donde hay "zonas controladas" y hasta probablemente "liberadas" bajo dominio de los insurgentes, que circulan sin dificultades entre ese Estado y Afganistán.

También alarma que la sociedad se acostumbre resignadamente a los acontecimientos terroristas y suponga que esas organizaciones podrían ofrecerle la seguridad que no le proporciona el Estado. Con tal escenario, la probabilidad de una fractura entre el gobierno y el pueblo crecerá y requiere el máximo esfuerzo oficial antes que se manifieste la supremacía revolucionaria.

Entre los beneficios que podrían recibir los rebeldes con este tipo de *terrorismo*, está la exaltación de su ego por las dificultades impuestas al gobierno; la propagación del temor en la comunidad al ver como desaparecen personas ilustres; el desaliento que produce una defensa inconsistente y la frustración de quienes apoyan a la administración, particularmente las organizaciones civiles. El resultado más celebrado por los terroristas es el retaceo de cooperación voluntaria y coactiva del pueblo hacia el gobierno, por miedo a las represalias y carencia de confianza en el sector oficial.

Sin duda, el terror es un instrumento operativo de uso libre con consecuencias materiales y sicológicas de insegura medición. El golpe del 9/11 tuvo una penosa repercusión en el pueblo americano durante varias semanas, pero la reacción oficial y el sólido sostén popular, probablemente haya sorprendido al centro fundamentalista instigador.

Cuando se registran estos hechos, es recomendable que la defensa aquiete los impulsos instintivos y los evalúe antes de dar la respuesta. No hay que dejar que la ira espontánea funde las decisiones, especialmente si la Inteligencia necesita actualización. La emoción no debe energizar el trabajo del Estado Mayor. Demorar la represalia ayudará a operar con más serenidad y confianza en el resultado, mientras que el agresor temerá que el *atentado* tenga un costo exorbitante.

Ante un *atentado* estruendoso, surge el deseo automático de poner en acción a las FF.AA., tal vez antes de calcular el costo político y presupuestario de la participación. Cuando el *terrorismo* se expande, es probable que haya una guerra no convencional en curso y esa percepción alerta sobre las reglas de empeñamiento que deben entrar en vigor. Los israelíes son duchos en estos menesteres y por eso, en la devolución de los golpes que reciben, hay una equilibrada participación de

los recursos. Las FF.AA. no es el único medio defensivo al servicio de un país.

No es infrecuente que la consecuencia material de un *atentado* terrorista sea menos importante que el anímico o el sicológico, especialmente si la sociedad no está acostumbrada a esas vicisitudes. Es el corolario preferido de los atacantes, que desproporcionadamente aumentan el efecto con auxilio de las PSYOPS. Las secuelas secundarias de la violencia aceleran la desorganización y desmoralización social, y el *terrorismo sistemático* contribuye a esos fines.

Las PSYOPS extremistas también se desarrollan antes de los *atentados* con el fin de generar una atmósfera positiva hacia los hechos violentos que se avecinan. A posteriori del ataque, destacan las aptitudes rebeldes para dañar al gobierno. Si bien en ambas circunstancias recurren a argumentos sofísticos sin consistencia y escasa credibilidad, siempre encuentran *idiotas útiles* que los comparten. La propaganda es el vehículo más utilizado, pues se basa en el consejo de Joseph P. Goebbels ("miente, miente que siempre algo quedará").

Los revolucionarios procuran crear una falsa impresión que engañe a la comunidad, haciéndole creer que la intimidación no lesionará los intereses populares. El esfuerzo que invierten en ese fin es menor si las ideas de base se compatibilizan con las contradicciones sociales locales. Si así no fuera, usan afirmaciones que acuñan en torno de raídos conceptos políticos y sociales, como el nacionalismo, el imperialismo y los derechos humanos. En ese caso, no es fácil entender que grupos de académicos, escritores, artistas y otros representantes de la cultura con prolija información y educación, acepten ingenuamente el fraude intelectual que le ofrecen.

El *terrorismo* también recibe el empuje de los medios de comunicación, aunque no siempre de manera concertada. El comportamiento de los medios es guiado por una necesidad comercial, simpatía política, complicidad dolosa o simplemente la incomprensión del papel que les corresponde en la guerra prolongada. Un ejemplo: hay burócratas que comentan indebidamente información confidencial y los medios la hacen pública para anticiparse a los colegas, sin medir las consecuencias sobre la defensa.

La prensa escrita, oral y visual es condicionada por sus reglas e intereses individuales, pero descuidadamente puede ser una colaboradora valiosa para los rebeldes. Más allá de las consecuencias de la divulgación de la información sensible, es difícil determinar con seguridad si esa conducta es debida a una decisión voluntaria y libre o no. A veces acredita al *terrorismo* una fuerza y resultados inexactos, mientras que por defecto subraya la presunta ineptitud de las fuerzas legales para cumplir sus funciones.

En otro orden, el *terrorismo* no siempre mata y destruye. Hay un *terrorismo* incruento que, asociado al axioma de Goebbels, distorsiona con astucia la información, anuncia capciosamente hechos insostenibles, atribuye el papel de batalladores idealistas a los activistas asesinos y forja frondosas historias de criminales-héroes, todo con la estudiada intención de pintar una virtualidad liberadora, solidaria y progresista avalada por los revolucionarios.

Cualquiera sea el modo y método que use el *terrorismo*, siempre procurará que la sociedad se avenga al dolor causado durante esa etapa que consideran inevitable. Con una ingeniosa combinación de malas artes, la militancia subversiva reclama el consentimiento de su conducta e insiste en la colaboración de la población como una necesidad imprescindible para consolidar la seguridad común.

El terrorista, ¿Sicótico o militante?

Para evitar un debate que asoma como arduo, voy a definir al terrorista como un militante al que la organización, con la ayuda de una plataforma ideo-política y de un entrenamiento técnico específico, trasforma en un sicótico. La formación comienza en los días tempranos de la primera fase de la guerra y continúa sin interrupción. El enrolamiento se hace entre candidatos de la facción que demuestran predisposición para esa estresante función, pero no son rechazados los de otro origen que tengan probadas aptitudes.

La figura más publicitada internamente por el directorio del movimiento es el terrorista que revela comportamientos valerosos ante los blancos que ataca. Como es de esperar, estos activistas están expuestos a un gran número de bajas puesto que son empeñosamente perseguidos por la defensa.

El terrorista suicida es una categoría alentada por el islamismo extremista, a pesar del costo humano elevado y un rendimiento francamente dudoso. Esa práctica muestra una inferencia homogénea que se descubre con la mera observación directa. Los numerosos eventos ocurridos en los últimos años, indican que ninguno ha anotado un resultado operativo o sicológico que compensara el sacrificio realizado y, consecuentemente, respaldara la lógica prosecución.

El reclutamiento y educación del terrorista se realiza apelando a una profesión de fe, donde los mártires son acogidos en el paraíso celestial islámico. Con esa convicción se construye en el hombre o mujer una decisión fatalista guiada por instructores persuasivos, cuya prédica comienza en los años de adolescencia de los postulantes. Esos niños y jóvenes son sometidos a un radical *lavado de cerebro,* durante el cual modelan su futuro destino. En pocos años, los pupilos son convertidos en robots humanos, dispuestos a cumplir su promesa sin hesitar cuando se les ordene. Videos públicos prueban fehacientemente esta información.

Con esa preparación, el terrorista se trasforma en una máquina de matar y morir, difícil de descubrir, neutralizar o detener a tiempo. Un grupo de participantes en el *atentado* del 9/11, en custodia en la base de Guantánamo (Cuba), reclamó su derecho a declararse culpable sabiendo que podrían ser ajusticiados. Ese es el final anhelado por los prisioneros, porque la retención carcelaria no modificó un ápice su convicción.

En el siglo pasado, los terroristas al servicio del marxismo-leninismo eran formados en universidades tecnológicas que no posee el mundo musulmán. Sin embargo, usando centros autóctonos más modestos, los instructores de esta tendencia han aprendido a formar voluntarios, dispuestos a morir en nombre de su Dios. Pero según tengo entendido, Allah es piadoso, no es un terrorista sediento de venganza.

Como el entrenamiento terrorista no puede escapar siempre a la vigilancia oficial, en algunos teatros los cuadros tienen que capacitar empíricamente a los novicios, o sea, adiestrarlos cuando ejecutan *atentados.* Si los instructores tienen que preparar a los aspirantes en base a este régimen de enseñanza, quiere decir que las fuerzas de defensa están cumpliendo sus funciones con eficacia. Cuando el terror interpone la desconfianza entre el gobierno y la comunidad, los insurgentes critican la ineptitud oficial y ofrecen su protección a cambio de una apropiada cooperación.

Contra-terrorismo

No se puede negar que esta tarea es un hueso duro de roer. Una campaña bien diseñada contra el *terrorismo,* favorece paralelamente un molesto problema debido a la clásica intrusión e indiscreción de los comunicadores públicos. Las empresas que controlan los medios necesitan vender el producto porque es su negocio y se esfuerzan para ubicarse a la cabeza de la opinión social. Ese tope tan intricado de conquistar, impone reglas de comportamiento que incursionan en lo editorial y el modo de comunicar.

Para ganar el interés del pueblo, hay que seducir su atención. Lograr ese efecto, requiere un cierto grado de ingenio e iniciativa. En lo que a medios de comunicación se refiere, el momento se alcanza con presentaciones llamativas, primicias y sorpresas. Por eso hay disputas entre las instituciones oficiales y las empresas. La indisciplina informativa y la búsqueda de noticias de alto impacto, usualmente están reñidas con las disposiciones restrictivas que imponen las autoridades.

El principio que normalmente entra en juego durante esas confrontaciones mediáticas, es una larga y conocida historia: la libertad irrestricta de informar choca con las acotaciones reclamadas por la defensa para no dar a conocer datos que beneficiarán a la Inteligencia enemiga. Es sensato suponer que durante una guerra no convencional, el inte-

rés del Estado y el pueblo es superior al privado, que se debe allanar a las regulaciones demandadas por la defensa que representa el bien común.

Por eso, para evitar roces entre el Estado y los medios de comunicación, conviene que el Congreso emita una reglamentación que deje claramente establecidos los derechos y restricciones en este campo. El desborde informativo puede ser fatal en una guerra moderna por los daños que causa a la defensa nacional, ya que algunas de esas consecuencias provocan daños superiores a los *atentados* terroristas.

El éxito de una campaña contra el *terrorismo* se confirma cuando los activistas no producen el daño planeado. La colección de escombros después de una explosión, es el icono de una derrota. La indignación popular que sobreviene, tampoco atenúa el perjuicio causado. Más aún, los sediciosos se sienten incitados para continuar la criminal misión porque observan que lo ya cumplido ha tenido un buen resultado.

El combate contra el *terrorismo* no fructifica con patrióticas declaraciones retóricas de los funcionarios y tampoco ayudan demasiado las reacciones sectoriales que no se integran a una política centralizada. La campaña debe respaldarse con un propósito estable, porque a lo largo de una guerra prolongada, que puede comprender varios períodos gubernamentales, los *atentados* se suceden intermitentemente.

Una campaña contra el *terrorismo* bien estructurada, exige: la asignación de prioridad; que los directores demuestren empuje, y valor político y operativo; el mantenimiento estricto del objetivo hasta la victoria; acciones ofensivas enérgicas y permanentemente supervisadas; una fuerte protección jurídica de la defensa y la asignación de suficientes recursos.

Estos enunciados merecen breves ampliaciones por su significado en una campaña de larga duración y la relevancia para la seguridad interior. Si el plan antiterrorista no respeta los rasgos señalados, que exceden lo puramente declarativo, puede terminar frustrándose. La prioridad a darle a la operación no necesita argumentos adicionales, pues se deduce de lo qué es el *terrorismo* y qué es su eliminación para la comunidad.

Los dirigentes nacionales a cargo de la campaña antiterrorista deben integrar un grupo de trabajo concentrado y homogéneo, valiente y ducho en la materia. No hay lugar para los improvisados sin experiencia, ya que las falencias darían ventajas inaceptables al adversario. Hay que tomar en cuenta que los jefes de la campaña, cuya identidad sea conocida, probablemente tengan que soportar amenazas constantes contra su seguridad y de su entorno privado, y no todos están dispuestos a resistirlas.

La batalla contra el terror demanda el férreo mantenimiento del objetivo hasta la capitulación o aniquilamiento de los revoltosos. Las decisiones fragmentadas e inconclusas son inadmisibles y sólo hay que consentir cambios en los matices operativos, aconsejados por las variantes de la lucha. El *terrorismo* revolucionario no es inocuo, ni intrascendente, por lo cual los jefes de campaña no tienen que dejarse dominar por ilusiones. La conservación del objetivo es afín con el agrupamiento de los servicios de Inteligencia en una central. Un esquema orgánico que acepte la fractura de la Inteligencia nacional por cualquier motivo, dará paso a las duplicaciones, la ambición de los funcionarios y el ego profesional.

La suprema decisión oficial supone la adhesión generosa de otras agencias gubernamentales e instituciones privadas, ya que la cooperación civil es siempre deseable. La defensa, con una plataforma jurídica apta para la guerra no convencional, no debe ser apática, morosa o remilgada. Por lo tanto, tiene que impedir la actuación falaz de los *compañeros de ruta* e *idiotas útiles* que invocarán derechos democráticos para ahogar el ejercicio de la democracia.

El sustento primordial de una campaña contra el *terrorismo* es la vigencia de un código jurídico que declare sin sinuosidades al fenómeno como delito de lesa humanidad e imprescriptible. Hay que lograr internacionalmente que los terroristas no encuentren refugio en otros países. La defensa del Estado se fortalece cuando las leyes agravan la crimi-

nalidad del *terrorismo* y los métodos para juzgar a los criminales son expeditivos.

Aunque la campaña terrorista sea virulenta, el sistema defensivo será menos vulnerable si es respaldado por normas legales que lo protejan de las críticas malintencionadas de los simpatizantes subversivos. Una campaña de arteras protestas puede trabar la defensa que sigue las reglas de la guerra no convencional. Además, cuando la base jurídica cuenta con un procedimiento de enjuiciamiento de los terroristas, diferenciado de los pleitos rutinarios, le otorga una apreciable ventaja al Estado.

Para que la campaña antiterrorista sea positiva, el gobierno y sus dependencias operativas necesitan conocer las ramas política y paramilitar del rival, agregando también los elementos de *fachada*, *compañeros* e *idiotas* que aportan su colaboración. También tienen que individualizar los vínculos externos del movimiento sedicioso y los estamentos populares opuestos a la insurgencia. En esa tarea investigativa, la Inteligencia nacional es esencial.

En el combate contra el *terrorismo*, la colaboración popular es bien recibida. El mejor momento para desarrollar la relación es durante la clandestinidad, cuando los revolucionarios recién empiezan a conformar sus redes y poseen menos recursos. El aporte solidario de la ciudadanía aumenta por sí solo cuando las entidades oficiales y privadas fomentan el interés popular por una ideología política análoga a la idiosincrasia nacional. La unidad del país debe ser resguardada estimulando los valores y sentimientos autóctonos. Esa doctrina reprobará la división promovida por los complotados.

Las operaciones antiterroristas no se deben cancelar o postergar por falta de aporte humano, equipamiento o financiamiento. Si los medios son escasos, hay que hacer compensaciones que aseguren la prioridad del combate contra el terror. Hay que recordar que la mayoría de los perjudicados por esa plaga son civiles inocentes y ese dato justifica la prelación.

Ninguna campaña antiterrorista se basa en técnicas operativas usadas contra la delincuencia ordinaria. Tiene que fundarse en la doctrina de la guerra irregular y por lo tanto es una indiscutida operación de contrainsurgencia (COIN). Por eso el poder político y los estamentos defensivos deben acertar en la interpretación de la contienda y la estrategia que desarrolla el adversario.

Nada más funesto que un gobierno que actúa con impericia y tardíamente. Cuando la guerra heterodoxa comienza en un país, las autoridades tienden a dirigir la mirada hacia las áreas más caldeadas o donde hay actividad paramilitar, y postergan aquellas que están en aparente calma. Probablemente no toman en cuenta las infiltraciones subrepticias de los insurgentes o desconocen el laberinto de la doctrina no convencional.

Cuando una administración ejerce el monopolio legítimo de la fuerza contra el *terrorismo*, debe permanecer alerta para no caer en las traicioneras trampas revolucionarias. El uso legal de la fuerza no es ilimitado y por lo tanto esa facultad exige una permanente supervisión para no dar excusas a los agresores dispuestos a reclamar vivamente por supuestos excesos. La aplicación desmesurada de la fuerza deja espacio para que las autoridades sean acusadas de violar las reglas de empeñamiento y los conspiradores fundamenten los reclamos.

La eficacia estatal en esta batalla es directamente proporcional a la reacción de la organización criminal. Cuando mayor es el éxito oficial, más subidas de tono serán las quejas de los facinerosos. Los crispados reclamos insurgentes no deben amedrentar o detener a los funcionarios en tanto se respeten las leyes y normas vigentes, pues las indecisiones repercuten negativamente sobre el rendimiento de la defensa.

La lucha contra el *terrorismo* siempre debe ser acompañada con un programa PSYOPS especial que mine la voluntad revoltosa. Así mismo hay que convencer a las instituciones civiles que el gobierno opera legítimamente contra los grupos fuera de la ley para proteger la vida y bienes de la comunidad. Como ese propósito es de interés directo de los ciudadanos, la administración tiene derecho a pedir la cooperación popular y de las entidades intermedias para incrementar la red defensiva.

La intervención civil es normalmente voluntaria. Solamente es compulsiva si el país

entra en crisis, pero no implica necesariamente el uso de armas. La ayuda informativa y logística brindada a las instituciones armadas y oficiales es más útil y menos problemática. Por otra parte, esa actitud equivale a negar la misma colaboración a los sublevados, dejándolos librados a su propia suerte. Pero si la convocatoria estatal recibe una respuesta superior a la calculada, es posible organizar pequeñas unidades auxiliares para relevar a las fuerzas uniformadas que prestan servicios no operativos.

En todo momento, las autoridades tienen que realizar un esmerado control de los servicios complementarios para prevenir o detectar los intentos de infiltración que seguramente ensayarán los rebeldes. Tampoco hay que excluir las eventuales traiciones de individuos y grupos adjuntos a las fuerzas legales, cooptados por agentes enemigos.

No obstante, el compromiso sincero y leal de los colaboradores de tiempo parcial engendra un ambiente adverso para los revoltosos, el proceso que desarrollan y el éxito del *terrorismo*. Las dotaciones civiles complementarias pueden ser ocupadas en vertientes del programa PSYOPS. No obstante, hay que dejar abierta la opción para que en situaciones extremas reciban armamento acorde con el adiestramiento, destinado a la defensa personal y, como última opción, para sumarse a las unidades operativas.

Los voluntarios civiles que no formen parte de las reservas, necesitan un período de instrucción militar básica abreviado y sobre las funciones a desempeñar. En ese lapso, conviene dictar conferencias informales, ratificando los principios y valores nacionales a defender. El Estado no debe olvidar que cualquier habitante corre el riesgo de ser atrapado intelectualmente por los revolucionarios. En cambio, si los equipos complementarios son exitosos, el escenario será poco amigable para los sediciosos.

Cuando el pueblo es indiferente a la propaganda revolucionaria, el Comité Central apela a una drástica campaña de *terrorismo* que procura causar un shock emocional en el humor popular. Si la PSYOPS estatal hubiera conseguido con anterioridad que los cooperantes civiles adhieran libremente a los valores tratados en las conferencias de adoctrinamiento, la ofensiva rebelde sería bloqueada y el efecto del terror se depreciaría. El pánico pretendido se tornaría en cólera contra los atacantes y el miedo no produciría la sumisión deseada. Ese resultado se acentuaría si la campaña terrorista se alargara en el tiempo.

Estas reflexiones permiten afirmar que no siempre el *terrorismo* requiere una erradicación vehemente. Aunque la concienciación popular es más lenta y demanda la constancia de los instructores, el producto del esfuerzo es más rico. La política estatal que ofrece mejores perspectivas de eficacia es una combinación de PSYOPS y defensa activa. La dosis de cada participación dependerá de la situación en cada caso específico. Imaginar reglas estandarizadas para establecer esa proporcionalidad es imprudente, porque las guerras no convencionales tienen un alto grado de variación.

En los programas PSYOPS que confrontan a lo largo de la campaña terrorista, hay un detalle que el gobierno no debe pasar por alto. Los revolucionarios reciben un entrenamiento homogéneo para realizar la tarea asignada y con ese propósito siguen una única doctrina. Los operadores del sector oficial, probablemente vengan de distintas dependencias burocráticas, por lo que no siempre actúan coordinadamente, utilizan patrones que tampoco coinciden y responden a distintas directivas.

Cuando se descubren esas anomalías, la autoridad superior responsable de la misión debe encarar con firmeza la regularización del material teórico utilizado y así mejorar los efectos esperados. De lo contrario, por falta de uniformidad en la composición y comunicación, el mensaje puede confundir a los destinatarios y producir consecuencias contrarias. Por ello, no está demás reiterar la necesidad de entrenar al personal en lugares centralizados.

En la represión de la campaña terrorista, la rama HUMINT de la Inteligencia nacional tiene un enorme protagonismo y por lo tanto debe contar con el invariable soporte político del gobierno. Aunque es obvio, la coordinación con la Inteligencia militar es un requisito a respetar.

Es posible que en los primeros tiempos del conflicto no haya una buena coordinación de las operaciones de defensa. Al ser detenidos los primeros terroristas, las organizaciones de *fachada* y sus aliados probablemente lancen una campaña PSYOPS con ruidosas protestas de respaldo a los detenidos y críticas a las instituciones a cargo de los juicios. Sin perjuicio de esa actitud bullanguera, le proporcionarán a los capturados la atención jurídica que necesiten.

Actualmente se diseñan y ensayan exóticos equipos que brindarán una enorme ayuda a las fuerzas estatales en zonas de alto riesgo. Entre ellos, hay un aparato para hacer escucha a través de paredes, vehículos robotizados cargados de sensores, plataformas armadas radio controladas, manipuladores remotos de explosivos, mini aeronaves para explorar el interior de edificios y productos inmovilizantes no letales.

Los analistas aprecian que hacia el 2030, dos tercios de la población mundial residirán en zonas urbanas. Este diagnóstico está acelerando el entrenamiento MOUT (Military Operations in Urban Terrain) de las fuerzas militares, pues seguramente será el modo de combate más frecuente en un futuro cercano. Sin embargo, cada gobierno determinará las fuerzas defensivas que asumirán las distintas responsabilidades y por lo tanto es importante que las instituciones afines conserven sin resquebrajamiento buenas relaciones entre sí.

En MOUT, la actividad aérea será reducida y básicamente quedará a cargo de medios VTOL (Vertical Take-Off, Landing). En esa situación, las fuerzas aéreas cumplirán tareas complementarias ayudando a las unidades de superficie, el gobierno y la población. No hay que dejar de prever el uso de aviones aerotácticos convencionales, pero el riesgo de producir daños colaterales será un importante limitador que el comando deberá evaluar en cada caso.

Las trampas con los denominados IED (Improvised Explosive Device) que instalan los terroristas, originan una grave preocupación a la defensa y sobre todo la obliga a programar un continuo reconocimiento preventivo para descubrirlas antes que produzcan daño. Por ahora, la respuesta más eficaz ha sido proporcionada por el MRAP (Mine Resistant, Ambush Protected) o sea la autoprotección vehicular.

La Acción Cívica llevada a cabo por militares y agencias civiles ofrece buenas perspectivas contra el *terrorismo*, aunque su participación siempre es posterior al hecho criminal. Si bien no detiene tales actos, su acción reparadora es bien acogida por sobrevivientes y víctimas en general. Es un modo operativo incruento que gana la simpatía de la población hacia el gobierno y el repudio de los terroristas.

Los equipos humanos de esta especialidad deben estar disponibles para obrar en los instantes más crudos de la guerra, puesto que es cuando más se los necesita para llevar alivio a los victimados. El principio básico de su existencia es hacerse presente en el lugar adecuado, en el momento adecuado y con la ayuda adecuada. ❑

Notas

1. Sugiero leer "El Tiempo, Incordio de la Estrategia", ASPJ, Primer Trimestre 2010, pag. 65.

El Comodoro (R) José C. D'Odorico, Fuerza Aérea Argentina (FAA), fue piloto de trasporte aéreo con más de 5.000 hrs de vuelo, habiéndose retirado del servicio activo en 1975. Se especializó en el estudio de la guerra revolucionaria marxista-leninista y la guerra subversiva. Es autor de tres libros y más de 350 artículos profesionales, algunos de los cuales fueron publicados en *Air University Review* y *Air & Space Power Journal*. Actualmente se desempeña como Asesor de la *Revista de la Escuela Superior de Guerra Aérea* (RESGA).

Declaración de responsabilidad: Las ideas y opiniones expresadas en este artículo reflejan la opinión exclusiva del autor elaboradas y basadas en el ambiente académico de libertad de expresión de la Universidad del Aire. Por ningún motivo reflejan la posición oficial del Gobierno de los Estados Unidos de América o sus dependencias, el Departamento de Defensa, la Fuerza Aérea de los Estados Unidos o la Universidad del Aire. El contenido de este artículo ha sido revisado en cuanto a su seguridad y directriz y ha sido aprobado para la difusión pública según lo estipulado en la directiva AFI 35-101 de la Fuerza Aérea.